

La piel descubierta

Claudia Rebeca Lorenzo
Damaris Pan

Comisario Javier Sánchez

28 de abril 2022

H: Lunes - Viernes:

11:30h -14:00 h /18:00h - 20:00h



Cuando hablamos de la piel, escribe el filósofo y médico François Dagognet en su libro *La peau découverte*, «caminamos como funambulistas sobre la cuerda floja, ya que nos enfrentamos a un “órgano” del cuerpo casi minúsculo, no tanto por su extensión como por su tenue espesor, pero sobre todo por el poco interés que despierta». Y, sin embargo, la piel es el interfaz principal que permite la comunicación entre el exterior y el interior que define y permite la vida. En su filosofía de la piel, Dagognet critica los modelos de pensamiento que privilegian la profundidad y defiende que el mundo se nos revela siempre en la superficie de las cosas mismas. No obstante, la piel no puede considerarse solamente la envoltura o el contenedor del organismo, sino que es también su espejo y, en última instancia, su síntesis, de ahí que su definición fluctuó siempre entre el tegumento (lo que recubre) y la dermis (lo que, de acuerdo con su etimología, descubre o despoja). En esta dificultad para definir su estatuto de manera unívoca se juega todo, ya que la piel es precisamente ese pliegue o intersticio entre el adentro y el afuera, es decir aquello que separa y que, sin embargo, no está separado.

Otro aspecto denostado de la piel es su compleja relación con la mirada. El tacto es inseparable de la vista, pero también implica un límite, es decir una disociación. Entre la mirada y el cuerpo hay separación y mezcla, sobre todo en la manera como experimentamos nuestra propia piel. Como escribe Paul Schilder en *La imagen del cuerpo*: «El exterior de la piel no se siente como una superficie lisa, neta; los contornos se borran; no hay una demarcación clara entre el mundo exterior y el cuerpo (...) cuando un sujeto compara lo que siente y percibe táctilmente de su cuerpo con lo que imagina y percibe se encuentra con un desfase». La paradoja reside en que la piel sentida está claramente por debajo de la piel percibida, es decir que siempre que estamos en contacto directo con algo hay, inevitablemente, un espacio neto entre ambos. El objeto y el cuerpo están psicológicamente separados por ese espacio intermedio que llamamos piel. Este desfase introduce una cierta alucinación en la mirada, ya que lo vemos no es exactamente lo que sentimos.

En los años setenta, Steve Paxton desarrolla una modalidad de danza que denomina contact improvisation que tiene como premisa fundamental la comunicación directa entre los cuerpos en movimiento. La improvisación se desarrolla siguiendo los itinerarios que, a partir del tacto y el equilibrio, se perciben como más sencillos. Este contacto físico directo hace emerger una nueva forma de estar en el espacio y de relacionarse con las leyes que determinan el movimiento. La piel aparece entonces no solo asociada a al sentido del tacto, sino también a la sensación de peso y al juego con la gravedad, de ahí tanto la pérdida de la verticalidad como la distribución en múltiples direcciones que caracterizan estas improvisaciones. En uno de sus escritos Paxton habla de comprender el espacio como algo esférico y la piel como una superficie de visión: «como si al mirar rápidamente en todas direcciones pudiera imaginar lo que sería tener una superficie visual que cubriera todo mi cuerpo en vez de una piel. Sin embargo, la piel es la mejor es la mejor fuente de imágenes porque avanza al mismo tiempo en todas direcciones».

La piel descubierta reúne una serie de obras recientes de Damaris Pan y Claudia Rebeca Lorenzo a partir de ese pliegue entre el mirar y el tocar que tiene lugar no solo en sus prácticas y procesos de trabajo, sino en la relación que nosotros mismos tenemos cuando nos acercamos a los lienzos, las esculturas y los collages que componen esta exposición. En la selección de obras de Damaris Pan destaca el uso de un cierto cromatismo encarnado que, como escribe Georges Didi-Huberman en *La pintura encarnada*, permite imaginar «la pintura como si pudiera ser afectada por un síntoma, es decir dotada de las capacidades que se reconocen en un cuerpo, cuando está habitado, sacudido y atormentado por los cambios de humor». Mediante este tipo de desbordamiento material y cromático se establece una tensión entre soporte, plano y superficie, una suerte de profundidad implicada cuya estructura está hecha de recubrimientos y borraduras, de descubrimientos y ecos. Las esculturas y collages de Claudia Rebeca incluidas en las exposiciones aparecen como una serie de variaciones en torno a un tema, ya sea la cabeza como problema escultórico, como en el caso de las series *Achanta la mui* (2020) o *Be tender motherfucker* (2021) o la composición de un mismo motivo floral en el caso los collages titulados *Variaciones en solsticio* (2021) a partir de una serie de elementos. En ambos casos, las superficies están siempre laceradas y trenzadas formando multitud de capas. El título tomado de François Dagognet, *La piel descubierta*, destaca ese doble proceso que tiene lugar en la exposición, descubrir la piel, pero también de ponerla al descubierto.

Javier Sánchez